

LAS BALANZAS DEL JUICIO

Volumen 1 – Sermón No. 257

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 12 DE JUNIO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”
Daniel 5:27***

Hay un momento de pesaje para los reyes y emperadores y todos los monarcas de la tierra, aunque algunos de ellos se han exaltado a sí mismos a una posición en la que parecen ser irresponsables ante el hombre. Aunque escapan de las balanzas en la tierra, seguramente deben ser probados en el tribunal de Dios. Para las naciones hay un tiempo de pesaje. Los pecados nacionales exigen castigos nacionales. Toda la historia de los tratos de Dios con la humanidad prueba que, aunque una nación siga en la maldad; puede multiplicar sus opresiones; puede abundar en derramamiento de sangre, tiranía y guerra, pero se acerca la hora de la retribución, ¡cuando habrá colmado su medida de iniquidad! Entonces el ángel de la venganza ejecutará su condenación. No puede haber una condenación eterna para las naciones como naciones; la destrucción de los hombres al final será la de los individuos, y en el tribunal de Dios cada hombre debe ser juzgado por sí mismo.

El castigo, por tanto, de las naciones, es nacional. ¡La culpa en la que incurren debe recibir su terrible recompensa en este estado de tiempo presente! Así sucedió con la gran nación de los caldeos. Habían sido culpables de sangre. Los monumentos que aún subsisten y que hemos explorado últimamente prueban que fueron una raza cruel y feroz. Era un pueblo de lengua extraña, y más extrañas que su lengua eran sus obras. Dios permitió que esa nación por un cierto período creciera y prosperara hasta que se convirtió en el martillo de Dios, rompiendo en pedazos a muchas naciones. ¡Era el hacha del Todopoderoso, Su hacha de batalla y Su arma de guerra! Por ella hirió los lomos de los reyes, sí, y mató a reyes poderosos. Pero su hora llegó por fin. Se sentó sola como una reina y dijo: “No veré dolor”, sin embargo, el Señor la abatió y la hizo moler en el polvo del cautiverio y dio sus riquezas al saqueador y su pompa al destructor.

Así debe ser con cada nación de la tierra que es culpable de opresión. Humillándose ante Dios, cuando Su ira se enciende, aunque sea un poco, puede, por un tiempo, detener su destino. Pero, si aún continúa en su audaz injusticia, ciertamente recogerá la cosecha de su

propia siembra. Así también será con las naciones que ahora habitan sobre la faz de la tierra. ¡No hay Dios en el cielo si la iniquidad de la esclavitud queda impune! ¡No hay Dios existiendo arriba en el cielo, si el grito del negro no hace caer un granizo rojo de sangre sobre la nación que todavía tiene al hombre negro en esclavitud!

¡Ni hay Dios en ninguna parte si las naciones de Europa que todavía se oprimen entre sí, y son oprimidas por tiranos no descubren con espanto que Él ejecuta venganza! ¡El Señor Dios es el vengador de todos los oprimidos y el ejecutor de todos los que oprimen! Veo, en este mismo momento, mirando la página de la historia actual del mundo, una prueba maravillosa de que Dios se vengará. Piamonte, la tierra que en este momento está empapada de sangre, solo en este momento sufre la venganza que desde hace mucho tiempo se cierne sobre ella. Las nieves de sus montañas alguna vez estuvieron rojas con la sangre de los mártires. Todavía no se olvida cómo allí los hijos de Dios eran cazados como perdices en los montes. Y así lo ordenó Dios, que las naciones que realizaron ese acto espantoso contra Sus hijos, ¡se encuentren allí, se desgarran y se devoren unas a otras en la matanza! ¡Y ambos lados serán casi iguales, por lo que no se verá nada, sino que Dios castigará a aquellos que levantan sus manos contra Su ungido!

¡Nunca ha habido un acto de persecución, nunca ha habido una gota de sangre de mártir derramada todavía, sino que será vengado y toda tierra culpable de ello aún beberá la copa del vino de la ira de Dios! Y especialmente seguro que se está gestando una terrible tormenta sobre la cabeza del imperio de Roma, ¡ese despotismo espiritual de los primogénitos del infierno! Todas las nubes de la venganza de Dios se están reuniendo en una sola, el firmamento está lleno de truenos, el brazo derecho de Dios está levantado incluso ahora y dentro de poco las naciones de la tierra comerán su carne y la quemarán con fuego. ¡Aquellos que se han emborrachado con el vino de su fornicación, pronto también tendrán que beber con ella del vino del furor de Su ira! Y ellos se tambalearán de un lado a otro, sus lomos se soltarán, sus rodillas se golpearán juntas cuando Dios cumpla la antigua escritura en la roca de Patmos.

Nuestro deber en este momento es prestar atención a nosotros mismos como nación para purgarnos de nuestros grandes pecados. Aunque Dios nos ha dado tanta Luz y bondadosamente nos ha favorecido con el rocío de Su Espíritu, Inglaterra es una pecadora canosa. Dios la mira favorablemente con misericordia, que cada cristiano procure sacudir de su propia falda los pecados de su nación, y que cada uno trabaje y se esfuerce al máximo de sus capacidades para purificar esta tierra de sangre y opresión, y de todo mal que aún se aferra a ella. ¡Que Dios preserve esta tierra, y que su monarquía perdure hasta que Él venga, ante quien tanto los reyes como los príncipes perderán su poder con tanta alegría como las estrellas se desvanecen cuando el rey de la luz, el sol, levanta su cabeza dorada!

Con este breve prefacio, dejaré a las naciones y los reyes solos y consideraré el texto

principalmente en relación con cada uno de nosotros. Y que Dios conceda que cuando salgamos de este salón, la mayoría de nosotros pueda decir: "Doy gracias a Dios porque tengo una buena esperanza de que cuando finalmente sea pesado en la balanza, no seré hallado falto". O, si eso es demasiado esperar, ¿puedo todavía confiar en que algunos se irán convictos de pecado, clamando en sus propios espíritus: "Me falta ahora, pero si Dios en Su misericordia se encuentra conmigo, ¡no me faltará por mucho tiempo!"

Notaré, en primer lugar, que hay ciertos pesos preliminares a los que Dios quiere que nos sometamos en este mundo y que de hecho Él ha establecido como una especie de prueba mediante la cual podemos descubrir cuál será el resultado del último pesaje decisivo. Después de haber mencionado esto, pasaré a hablar del tremendo último pesaje del día del juicio.

I. *Juzguémonos a nosotros mismos para que no seamos juzgados.* Ahora nos corresponde a nosotros someternos a las diversas pruebas mediante las cuales podremos descubrir si, en este momento, estamos bajos de peso o no.

La primera prueba que sugeriría es la de la opinión humana. Ahora entiéndeme. Creo que la opinión del hombre carece por completo de valor cuando esa opinión se basa en premisas falsas y, por lo tanto, saca conclusiones erróneas. No confiaría en el mundo para juzgar a los siervos de Dios y es una misericordia saber que el mundo no tendrá el juicio de la iglesia, sino que los santos juzgarán al mundo. Hay un sentido en el que diría con el apóstol: "Para mí es cosa muy pequeña que yo sea juzgado por ti, o por el juicio de un hombre; sí, yo no me juzgo a mí mismo". La opinión humana no debe competir con la revelación divina.

Pero hablo ahora de juzgarnos a nosotros mismos, y no creo seguro, al sopesar nuestro propio carácter, preferir el nuestro y excluir el juicio de nuestro prójimo. La estima o el desprecio de los hombres honestos, que se muestran instintivamente sin referencia a partido o prejuicio, no deben ser despreciados en modo alguno. Cuando un hombre sabe que tiene razón, puede chasquear los dedos en la cara de todos los hombres; pero cuando la conciencia de un hombre le dice que está equivocado, si en el juicio de los hombres es declarado culpable, no debe despreciarlo; más bien debe considerar el juicio de los hombres como la primera indicación de lo que será el juicio de Dios. ¿Estás tú, querido lector, en este momento en la estimación de todos tus semejantes condenado como alguien que debe ser evitado? ¿Percibes claramente que los justos te evitan porque tu ejemplo los contaminaría? ¿Has descubierto que tu carácter no es apreciable entre los hombres honestos y respetables?

Déjame asegurarte que tienes buenas razones para tener miedo, porque si no puedes soportar el juicio de un prójimo honesto, si las leyes de tu país te condenan, si las mismas leyes de la sociedad te excluyen, si los juicios imperfectos de la tierra te declaran demasiado vil por su asociación, ¡cuán temible será tu condenación cuando te coloquen en la escala mucho más rígida de la justicia de Dios! ¡Y cuán terrible será tu destino cuando la comunidad

perfecta de los primogénitos en el cielo se levante como un solo hombre y exija que nunca contemples su sociedad! Cuando un hombre es tan malo que sus semejantes, por imperfectos que sean, son capaces de ver en él no las meras semillas, sino la flor misma, el pleno capullo de la iniquidad, debe temblar.

Si no puede pasar esa prueba; si la opinión humana condena, si vuestra propia conciencia declara que esa opinión es justa, tenéis una buena necesidad de temblar, en verdad, porque sois puestos en la balanza y se os encuentra faltos.

Me ha parecido correcto mencionar este equilibrio. Puede haber algunos presentes para quienes pueda ser pertinente, pero al mismo tiempo, hay pruebas mucho mejores para los hombres, pruebas que no se malinterpretan tan fácilmente. Y revisaría algunos de estos. Una de las balanzas en las que quisiera que todo hombre se pusiera, al menos una vez en la vida, digo al menos una vez, porque, si no, el cielo es para él un lugar las puertas de que están cerrados para siempre. Quisiera que cada uno se pusiera en la balanza de la ley divina. Ahí está la ley de Dios. Esta ley es una balanza que girará, aunque haya un grano de arena en ella. Es fiel a un pelo. Se mueve sobre el diamante de la eterna e inmutable verdad de Dios. Solo puse un peso en la balanza. Es este: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón; con toda tu mente; con toda tu alma y con todas tus fuerzas", e invito a cualquier hombre que se crea de la estampa correcta y se jacte de no tener necesidad de misericordia, ninguna necesidad de lavarse en la sangre de Jesucristo; no hay necesidad de ninguna expiación, lo invito a que se ponga en la balanza y vea si está completo, cuando solo hay este mandamiento en la otra balanza.

¡Oh, mis amigos, si tan solo nos sometiéramos a prueba con el primer mandamiento de la ley, debemos reconocer que somos culpables! ¡Pero cuando bajamos peso tras peso hasta que todos los diez sagrados están allí, no hay un hombre bajo el alcance del cielo que tenga un grano de ingenio, pero debe confesar que no alcanza la marca que cae por debajo del estándar que requiere la ley de Dios! La Sra. Demasiado Buena a menudo ha declarado que ella misma ha cumplido con su deber y quizás un poco más. ¡Ella dice que ha sido aún más amable con los pobres de lo que había en cualquier ocasión! Ella dice que ha ido a la iglesia con más frecuencia de lo que requiere incluso su religión; que ella ha estado más atenta a los sacramentos que el mejor de sus vecinos y si ella no entra al cielo, ¿no sabe quién lo hará? "Si no tengo una porción entre los santos, ¿quién puede esperar ver el rostro de Dios en luz?" No, señora, pero lo siento por usted. Eres ligero como una pluma cuando entras en la balanza. En estas balanzas de madera de vuestras propias ceremonias podéis, tal vez, encontraros bastante acertados, pero en esas balanzas eternas, con esos tremendos pesos, los diez mandamientos de la ley, ¡la declaración está suspendida sobre vuestra pobre e insensata cabeza! "Fuiste pesado en la balanza y fuiste hallado falto".

Quizás, en congregaciones como esta, haya algún cuerpo extremadamente respetable que, desde su juventud, como él imagina, ha guardado la ley de Dios. Su país, su familia o sus asociados no pueden acusarlo y por eso se envuelve y considera que, realmente, él es el hombre y que cuando aparezca a las puertas del cielo, ¡será recibido como legítimo dueño y propietario de la recompensa de los justos! Ah, amigo mío, si te tomaras la molestia de sentarte y pesarte en la balanza de la ley.

Si tomaras un solo mandato, aquel en el que te creas menos culpable, el que imaginas que has conservado mejor, y realmente miras su intención y espíritu, y lo ves en toda su extensión y amplitud en la verdad de Dios, sé que saldrías de la balanza y dirías: "¡Ay, cuando esperaba de haber bajado con un sonido de felicitación, me encuentro lanzado hacia arriba, ligero como el polvo de la balanza, mientras la tremenda ley de Dios descendía resonando y sacudía la casa!" Que cada hombre haga esto y cada uno de nosotros debe retirarse de este lugar diciendo: "He sido pesado en la balanza y he sido hallado falto".

Y ahora, el verdadero creyente se presenta y reclama ser pesado en otra balanza, "Porque," dice él, "según esta balanza, si soy lo que profeso ser, no me falta, porque puedo traer conmigo ¡la perfecta justicia de Jesucristo! ¡Y eso es todo su peso, aunque contra él se pesen los diez mandamientos de la ley! ¡Traigo conmigo la expiación completa, la satisfacción perfecta de la sangre de Jesús y la justicia perfecta de un ser divino, la justicia sin mancha de Jesús, el Hijo de Dios! Puedo ser pesado contra la ley y, sin embargo, sentarme seguro, sabiendo que ahora y para siempre, soy igual a la ley. ¡No tiene nada contra mí ya que Cristo es mío! Sus terrores no tienen poder para asustarme y en cuanto a sus demandas, ¡no pueden exigirme nada porque se cumplen al máximo en Cristo!"

Bueno, propongo ahora tomar profesantes y ponerlos en la balanza y probarlos. Pongámonos cada uno de nosotros en la balanza de la conciencia. Muchos hacen profesión de religión en esta era. ¡Es el tiempo de las farsas! ¡Nunca hubo tantos mentirosos en el mundo desde los días de Adán, como los hay ahora! El Padre de las Mentiras ha sido más prolífico en hijos en este período que en cualquier otro. ¡Hay tanta abundancia de periódicos y de locutores y de lectores, y en consecuencia los informes voladores, las noticias equivocadas y los cuentos malvados son mucho más numerosos que nunca! Así también, hay una gran cantidad de vanagloria con la religión. A veces me temo que no tenemos un grano más de religión en Inglaterra ahora que en la época de los puritanos. Entonces, aunque el arroyo en el que corría era angosto, ¡realmente corría muy profundo!

Ahora, las orillas se han reventado: una gran extensión de nuestro país está cubierta por la profesión religiosa, ¡pero tiemblo de que finalmente descubramos que la inundación no fue lo suficientemente profunda como para hacer flotar nuestras almas hasta el cielo! ¿Cada uno ahora en esta congregación se pondrá a sí mismo en la balanza de la conciencia, se sentará y

preguntará: "¿Es verdadera mi profesión? ¿Siento que ante Dios soy heredero de las promesas? Cuando me siento a la mesa de mi Salvador, ¿tengo derecho a ser ¿un invitado? ¿Puedo decir verdaderamente que cuando profeso convertirme, sólo profeso lo que realmente he probado? Cuando hablo experimentalmente de las cosas del reino de Dios, ¿es esa experiencia un cuento prestado, o he sentido lo que digo en mi propio pecho? Cuando me pongo de pie para predicar, ¿predico lo que realmente he probado y palpado, o sólo repito lo que he aprendido a pronunciar con mis labios, aunque nunca se haya fundido en el crisol de mi propio corazón?", la conciencia no se deja engañar fácilmente. Hay algunos hombres cuyas conciencias no son un equilibrio seguro. ¡Se han vuelto gradualmente tan endurecidos en el pecado que la conciencia se niega a trabajar!

Pero aún espero que la mayoría de nosotros podamos pasar la prueba de nuestra propia conciencia, si la dejamos trabajar libremente. Queridos amigos, desearía que a menudo se retiraran solos a sus aposentos, cerraran la puerta y dejaran fuera todo el mundo, y luego se sentaran y revisaran su vida pasada. Escanea cuidadosamente tu carácter actual y tu posición actual. Y hazlo, te lo ruego, trate de obtener una respuesta honesta de su propia conciencia. Menciona todo lo que se te ocurra que pueda llevarte a dudar. No necesita tener ninguna dificultad aquí, porque ¿no hay suficientes pecados cometidos por nosotros todos los días para justificar nuestras sospechas de que no somos hijos de Dios? Bueno, dejemos a todos estos negros acusadores de muerte, ¡que todos tengan su opinión! No ocultes tus pecados. Lea a través de su diario, deje que todas sus iniquidades salgan a la luz, (este es el meollo de la confesión), y luego pregúntele a su conciencia si realmente puede decir: "Me he arrepentido de todo esto. Dios es mi testigo; Odio estas cosas con un odio perfecto. Dios también escucha mi testimonio de que mi confianza está puesta únicamente en Aquel que es el Salvador de los pecadores para salvación y justificación. Si no estoy terriblemente engañado, soy participante de la gracia divina, habiendo sido regenerado y engendrado de nuevo para una esperanza viva".

Oh, que la conciencia nos ayude a cada uno de nosotros a decir: "No soy una mera imagen pintada de la vida, sino que confío en que tengo la vida de Jesús manifestada en mi cuerpo. Mi profesión no es la pomposa pompa con la que las almas muertas son llevadas respetablemente al infierno, ¡es el gozo, la esperanza, la confianza de alguien que está siendo llevado en el carro de la misericordia al hogar de su Padre en lo alto!" ¡Ah, cuántas personas realmente tienen miedo de mirar su religión a la cara! ¡Saben que es tan malo que no se atreven a examinarlo! Son como arruinados que no llevan libros. ¡Estarían muy contentos de que un incendio consuma sus libros, si es que alguna vez guardaron alguno, porque saben que la balanza está del lado equivocado! Están perdiendo, rompiendo y no desearían llevar un registro de sus pérdidas o villanías. ¡Un hombre que tiene miedo de examinarse a sí mismo puede estar seguro de que su barco está podrido y que no pasará mucho tiempo antes de que se hunda en el mar, en su eterno naufragio! Llama a la conciencia, ponte en la balanza y

que Dios te ayude para que el veredicto no sea en tu contra, para que no se diga de ti: "Fuiste pesado en la balanza y fuiste hallado falto".

Quisiera que cada hombre también se pesara en la balanza de la *Palabra de Dios*, no solo en esa parte de ella que llamamos legal y que nos respeta en nuestro estado caído. Pero pesémonos en la balanza del evangelio. Encontrará a veces un santo ejercicio leer algún salmo de David, cuando su alma estaba más llena de gracia. Y si fueras a hacer preguntas mientras lees cada versículo, diciéndote a ti mismo, "¿Puedo decir esto? ¿Me he sentido como se sintió David? ¿Han sido alguna vez mis huesos rotos por el pecado como los suyos cuando escribó sus salmos penitenciales? ¿Ha estado alguna vez mi alma llena de verdadera confianza en la hora de dificultad como la suya cuando cantó de las misericordias de Dios en la cueva de Adulam, o en las fortalezas de En-gadi? ¿Puedo tomar la copa de la salvación e invocar el nombre del Señor? ¿Podré pagar ahora mis votos al Señor en los atrios de Su casa, en presencia de todo Su pueblo?"

Me temo que el mismo libro de los Salmos sería suficiente para convencer a algunos de ustedes de que su religión es superficial, que no es más que un espectáculo vano y no una realidad vital. ¡Dios les ayude a menudo a probarse a sí mismos en esa escala! Luego lean la vida de Cristo, y mientras leen, pregúntense si están conformados a Él, tal como Él describe a un verdadero discípulo. Esfuérzate por ver si tienes algo de la mansedumbre, algo de la humildad, algo del espíritu encantador que Él constantemente inculcó y desplegó. Pruébense ustedes mismos con el Sermón de la Montaña; encontrarán que es una buena balanza para pesar sus espíritus. Tome, entonces, las epístolas y vea si puede ir con el apóstol en lo que dijo de su experiencia. ¿Alguna vez has gritado como él: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" ¿Alguna vez has sentido como él, "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores"? ¿Alguna vez has conocido su auto-humillación? ¿Podrías decir que te parecías a ti mismo el primero de los pecadores y siempre te considerabas menos que el más pequeño de todos los santos? ¿Y has sabido algo de su devoción? ¿Podrías unirte a él y decir: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia"? Oh, hermanos y hermanas, lo mejor de nosotros, si ponemos la Biblia en la balanza como prueba de nuestro estado; si leemos la Palabra de Dios como una prueba de nuestra condición espiritual, ¡lo mejor de nosotros tiene motivos para temblar! Ante Dios Todopoderoso, de rodillas, con nuestra Biblia delante de nosotros, tenemos buenas razones para detenernos muchas veces y decir: "Señor, siento que nunca he estado aquí, ¡oh, tráeme aquí! ¡Dadme verdadera penitencia, como esta que leí! ¡Dame verdadera fe! ¡Oh, no me dejes tener una religión falsificada! Dame lo que es la moneda actual del reino de los cielos, tu propia gracia esterlina, que pasará en el gran día cuando las puertas del cielo se abran y ¡ay, las puertas del infierno se abran de par en par también!" Pruébense a sí mismos por la Palabra de Dios, y me temo que habrá algunos que tendrán que levantarse de ella y decir: "He sido pesado en la balanza y he sido hallado falto".

Una vez más, Dios se ha complacido en poner ante nosotros otro medio de prueba. Cuando Dios nos pone en la balanza que estoy a punto de mencionar, a saber, la balanza de la providencia nos corresponde a nosotros observarnos muy cuidadosamente y ver si somos o no encontrados deficientes. Algunos hombres son probados en la balanza de la adversidad.

Algunos de ustedes, mis queridos amigos, pueden haber venido aquí muy tristes. Su negocio fracasa, sus perspectivas terrenales se oscurecen; contigo es medianoche en este mundo. Tienes enfermedad en la casa; la esposa de tu seno languidece ante tus ojos llorosos. Vuestros hijos, quizás, por su ingratitud, han herido vuestros espíritus. Pero eres un profesante de religión, ¿sabes que Dios está tratando contigo! ¡Él te está probando y probando! Él te conoce y quiere que sepas que una religión de verano no es suficiente. Él quiere que veas si tu fe puede resistir la prueba de las pruebas y los problemas.

Recuerda Job. ¡Qué balanza era aquella en que lo pusieron! ¡Qué pesos de aflicción fueron arrojados, uno tras otro, en montañas mismas de terribles problemas! ¡Y, sin embargo, pudo soportarlos a todos, por Su gracia, y salió de la balanza, a prueba de todo el peso que incluso la fuerza satánica podría lanzar en la balanza! ¿Y es así contigo? ¿Puedes decir ahora: "El Señor dio y el Señor quitó; bendito sea el nombre del Señor"? ¿Puedes someterte a Su voluntad sin murmurar? O si no puedes dominar una fase de la religión como esta, ¿sigues siendo capaz de sentir que no puedes quejarte de Dios? ¿Aún dices: "Aunque Él me mate, en Él confiaré"?

Oh, mis amigos, recuerden que, si su religión no resiste el día de la adversidad, si no te proporciona consuelo en tiempo de tormentas, ¿sería mejor en ese caso sin él que con él! Porque con ella sois engañados, ¡pero sin ella podrías descubrir tu verdadera condición y buscar al Señor como un pecador arrepentido! Si ahora estás hecho pedazos por una pequeña adversidad, ¿qué será de ti el día en que todas las tempestades de Dios se desatarán sobre tu alma? Si corriste con los de a pie y te cansaron, ¿qué harás en las crecidas del Jordán? Si no podéis soportar el sepulcro abierto, ¿cómo podéis soportar la trompeta del arcángel y los terribles truenos del último gran día? Si tu casa en llamas es demasiado para ti, ¿qué harás en un mundo en llamas? Si los truenos y los relámpagos te alarman, ¿qué harás cuando el mundo esté en llamas y cuando todos los truenos de Dios dejen sus escondites y corran gritando por el mundo?

Si las meras pruebas te afligen y te afligen, oh, ¿qué harás cuando todos los huracanes de la venganza divina azoten la tierra y sacudan sus mismos pilares hasta que se tambaleen y tambaleen de nuevo? Sí, amigos, quisiera que, cada vez que sean probados y atribulados, vean cómo lo soportan, si entonces su fe permanece y si pueden ver la diestra de Dios, incluso cuando está envuelta en nubes, si pueden descubrir ¡el lado positivo de las nubes negras de la tribulación! Dios os ayude a salir de la balanza, porque muchos han sido pesados en ella y han sido hallados faltos.

También hay otro conjunto de balanzas de un color opuesto. Los que he descrito están pintados de negro. Estos son de tono dorado. Son la balanza de la prosperidad. Muchos hombres han soportado los escalofríos de la pobreza que no pudieron soportar el clima soleado. La religión de algunos hombres es muy parecida al palacio de la reina de Rusia, que había sido construido con losas sólidas de hielo. Podía soportar la escarcha, la brisa más fuerte no podía destruirlo. El toque cortante del invierno no pudo devorarlo. ¡Simplemente lo fortalecieron y lo hicieron más duradero! Pero el verano lo derritió todo, y donde una vez estuvieron los salones de jolgorio, no quedó nada más que el río negro y ondulante. ¿Cuántos han sido destruidos por la prosperidad? Los humos de la popularidad han trastornado los cerebros de muchos hombres. La adulación de las multitudes ha derribado a miles. ¡El aplauso popular tiene el pie en la arena, aunque tenga la cabeza entre las estrellas! Muchos he conocido que en una cabaña parecían temer a Dios, pero en una mansión lo han olvidado. Cuando su pan de cada día se ganaba con el sudor de su frente, entonces servían al Señor y subían a Su casa con alegría.

¡Pero su aparente religión se fue cuando sus rebaños y manadas aumentaron y su oro y plata se multiplicaron! No es fácil resistir la prueba de la prosperidad. Conoces la vieja fábula, simplemente la pondré bajo una luz cristiana. Cuando los vientos de la aflicción soplan sobre la cabeza de un cristiano, ¡él sólo se envuelve en el manto de la consolación celestial y se ciñe a su religión con más fuerza para la furia de la tormenta! Pero cuando el sol de la prosperidad brilla sobre él, el viajero se calienta y se llena de deleite y placer, se desabrocha el manto y lo deja a un lado, para que lo que las tormentas de la aflicción nunca podrían lograr, la mano suave y la brujería de la prosperidad ha podido realizar. Ha desatado los lomos de muchos hombres poderosos. Ha sido Dalila la que ha cortado las cerraduras y quitado la fuerza a muchos Sansón. Esta roca ha sido testigo de los naufragios más fatales:

***"Temo más la traicionera calma
que las tempestades que se arremolinan sobre mi cabeza".***

Pero seremos capaces de decir, después de pasar por la prosperidad, "Este no es mi descanso; este no es mi Dios. Que me dé lo que pueda, le daré las gracias por ello, pero me regocijaré en el Dador más que en el regalo. Diré al Señor: Tú solo eres mi descanso". Está bien si puedes salir de estas balanzas habilitado honestamente para esperar que no te encuentren con carencias.

Ahí están de nuevo las balanzas de la tentación. Muchos y muchos hombres parecen correr bien por un tiempo. Pero es la tentación la que prueba al cristiano. En su negocio ahora es honesto y recto, pero suponga que se cruza en su camino una especulación que implique una desviación muy leve del alto estándar del cristianismo y, de hecho, no implicaría ningún

alejamiento del estándar bajo que siguen sus compañeros comerciantes. ¿Crees que serías capaz de decir: "¿Cómo puedo hacer esta gran maldad y pecar contra Dios?" ¿Podrías decir: "¿Debe un hombre como yo hacer esto? ¿Me apresuraré a ser rico, porque si lo hago, no seré inocente?" ¿Cómo ha sido contigo? Has tenido tus pruebas. Ha habido una oportunidad de ganar un poco, ¿la has aprovechado? ¿Te ha permitido Dios soportar la tentación, ya sea por ganancias ilícitas, o por placeres lujuriosos, o por orgullo y vanidad? ¿Ha sido usted capaz de oponerse a todo esto y decir: "Aléjate de mí, Satanás, porque no gustas de las cosas que son de Dios, sino de las que son del hombre y del pecado"? ¿Cómo has resistido la prueba de la tentación? Si nunca has sido tentado, no sabes nada de esto. ¿Cómo podemos saber el valor del barco hasta que ha estado en el mar en medio de la tormenta? No puedes saber lo que eres hasta que hayas pasado por la prueba práctica de la vida cotidiana. ¿Cómo, entonces, te ha ido? ¿Ha sido pesado en la balanza y ha sido capaz de decir: "Sé que por la gracia divina he sido guardado en la hora de la tentación, y con la tentación, el Señor siempre ha enviado una vía de escape. Y aquí, me estoy gloriando en Su gracia. No puedo descansar en mí mismo, pero aun así puedo decir: 'Soy verdaderamente suyo'. La obra dentro de mí no es del hombre ni por el hombre, ¡es la obra del Espíritu! He encontrado socorro y apoyo cuando mi corazón y mi carne me han fallado"?

Es probable, mis oyentes, que la mayoría de ustedes sean profesantes de religión. Permítanme pedirles nuevamente, con mucha seriedad, que se prueben a sí mismos, ya sea que su religión sea real o no. Si hay muchos falsos profetas en el mundo y esos profetas tienen seguidores, ¿no debe haber muchos falsos hombres que son fatalmente engañados? No supongas, te lo ruego, porque eres diácono, o has sido bautizado, o eres miembro de la iglesia, o eres profesante, ¡por lo tanto estás a salvo! Los huesos blanqueados de los esqueletos de los autoengañados deberían advertirte. En la roca de la presunción se han dividido miles que alguna vez navegaron bastante alegres. ¡Cuidado, oh marinero! Aunque su bote esté bien adornado y pintado con colores brillantes, no es más seguro después de todo. Mirad que no se vean las rocas debajo de la quilla; ¡no sea que te atraviesen y las aguas de la destrucción no te abrumen! Oh, no lo hagas, te ruego que digas: "¿Por qué hacer este revuelo? Me atrevo a decir que por fin estaré bien. ¡No permitas que tu estado eterno sea motivo de sospecha o duda! Decídetes ahora, te lo ruego. ¡Decide ahora en tu conciencia si eres de Cristo o no! De todos los hombres más miserables del mundo y los más desesperanzados, creo que los más dignos de lástima son los que son indiferentes y descuidados con la religión. Hay algunos hombres cuyos sentimientos nunca son más profundos que su piel. O no tienen corazón, o está tan lleno de gordura que nunca puedes tocarlos.

Me gusta ver a un hombre abatido o regocijado, ansioso por su estado eterno o confiado en él. Pero vosotros que nunca os cuestionaréis a vosotros mismos, sois como el toro que va al matadero, o como la oveja que entrará en el mismo matadero y lamerá el cuchillo que está a punto de sacar su sangre. Desearía poder hablar esta mañana con más seriedad. ¡Oh, si

algunas chispas del Fuego divino iluminaran ahora mi alma; entonces, por Su gracia, podría hablarles como algunos de los profetas de la antigüedad, cuando estaban en medio de una generación profesante, ¡para advertirles! ¡Oh, que la misma voz de Dios hablara a cada corazón esta mañana! Mientras Dios truena en lo alto, ¡que truene abajo en vuestras almas! ¡Estén advertidos, mis oyentes, contra el autoengaño! Sean fieles a ustedes mismos. ¡Si Dios es Dios, sírvale a Él y hazlo de verdad! Si el diablo es Dios, sírvanle y sírvanle honestamente y sírvanle fielmente. ¡Pero no pretendas estar sirviendo a Dios mientras eres realmente indiferente y descuidado al respecto!

II. Ahora debo terminar esforzándome por hablar de la *última gran balanza*. Y aquí quiero hablar muy solemnemente y que el Espíritu de Dios esté con nosotros. El tiempo pronto terminará. La eternidad debe comenzar pronto. La muerte se apresura hacia adelante. El caballo pálido a toda velocidad está llegando a cada habitante de esta tierra. La flecha de la muerte se ajusta a la cuerda y pronto será enviada a casa. El corazón del hombre es el objetivo. Luego, después de la muerte, viene el juicio. El terrible juicio pronto comenzará. ¡La trompeta del arcángel despertará a las miríadas dormidas y, de pie, se enfrentarán al Dios contra el cual han pecado!

Me parece ver las balanzas colgando en el cielo, ¡tan enormes que nadie más que la mano de la Deidad puede sostenerlas! Permítanme que mire hacia arriba y piense en esa hora en que yo mismo deba entrar en esas balanzas y ser pesado de una vez por todas. Vengan; permítanme hablar por cada hombre presente. Esas balanzas allá son exactas. ¡Puedo engañar a mis compañeros aquí, pero no puedo engañar a Dios! Puedo ser pesado en las balanzas de la tierra que darán un veredicto parcial y así comprometerme con una idea falsa de que soy lo que no soy, que tengo esperanza cuando no tengo esperanza, ¡pero esas balanzas son verdaderas! No hay forma, en absoluto, de halagarlos con una declaración falsa. Llorarán en voz alta y no escatimarán. ¡Cuando llegue allí, la voz de la adulación se convertirá en la voz de la honestidad!

Aquí, puedo ir todos los días clamando: "Paz, paz, cuando no hay paz". Pero allí, la desnuda verdad de Dios me sobresaltará y no se me dará una sola palabra de consuelo que no sea verdad. Permítanme, por lo tanto, reflexionar sobre el hecho de que esas balanzas son exactamente verdaderas y no pueden ser engañadas. ¡Permíteme recordar, también, que lo quiera o no, en esas balanzas debo ir! Dios no me aceptará en mi profesión. Puedo traer a mis testigos conmigo; puedo traer a mi ministro y a los diáconos de la iglesia para que me den un carácter que pueda considerarse suficiente entre los hombres, ¡pero Dios no tolerará ningún subterfugio! ¡Él me pondrá en la balanza, haga lo que haga, cualquiera que sea la opinión de los demás sobre mí y cualquiera que sea mi propia profesión! Y déjame recordar, también, que debo ser pesado por completo en la balanza. No puedo esperar que Dios pese mi cabeza y pase por alto mi corazón, que por tener nociones correctas de la doctrina, Él se olvide de que mi corazón es impuro, o mis manos son culpables de iniquidad. ¡Mi todo debe ser echado en

la balanza! Vamos, déjame estirar mi imaginación e imaginarme a mí mismo a punto de ser puesto en esas balanzas. ¿Podré subir confiadamente y entrar en ellos, sabiendo a quién he creído y estando seguro de que la sangre de Cristo y su perfecta justicia me librarán de todo daño? ¿O seré arrastrado por el terror y la consternación? Cuando el ángel venga y diga: "Debes entrar", ¿doblaré mis rodillas y exclamaré: "Oh, todo está bien", o buscaré escapar? Ahora, metido en la escala, ¿me veo esperando un momento solemne? Mis pies han tocado el fondo de la balanza y allí están esos pesos eternos y ahora ¿hacia dónde están girados? ¿De qué manera será? ¿Desciendo en la balanza con gozo y deleite, siendo hallado, a través de la justicia de Jesús, en pleno peso y así aceptado? ¿O debo levantarme, ligero, frívolo, inseguro en todas mis esperanzas imaginadas, y patear la viga? Oh, ¿será que debo ir donde las ásperas manos de la venganza me agarrarán y me arrastrarán hacia la más profunda desesperación? ¿Te imaginas los momentos de suspenso? Puedo ver a un pobre hombre parado en la pendiente con la cuerda alrededor de su cuello y ¡oh, qué instante de aprensión debe ser ese! ¡Qué pensamientos de horror deben flotar en su alma! ¿Cómo debe comprimirse en un segundo un mundo de miseria? Pero, oh, mis oyentes, todavía hay un momento mucho más terrible para ustedes que no tienen Dios, no tienen a Cristo, son descuidados, ¡quienes han hecho una profesión de religión y sin embargo no la tienen en sus corazones! Te veo en la balanza, pero ¿qué diremos?

¡Los lamentos del infierno no parecen suficientes para expresar vuestra miseria! ¡En la balanza sin Cristo! No mucho antes estarás en las fauces del infierno sin piedad y sin compasión. Oh, mis queridos lectores, si pudieran esperar llegar al cielo sin ser pesados, si Dios creyera lo que dicen sin probarlos, no me atrevería a admitir que les pedí esta mañana que averiguaran el estado de sus propios corazones. Pero, si Dios los probará, ¡pruébense ustedes mismos! Si Él los juzgará, ¡juzguen sus propios corazones!

No digas que porque profesas ser religioso, por lo tanto, tienes razón; que porque los demás imaginan que estás a salvo, por lo tanto, lo estás. Pénsense ustedes mismos, ¡pongan sus corazones en la balanza! Que no te engañen. Quitad la venda de vuestros ojos, para que se os quite la ceguera y para que podáis emitir una opinión justa sobre vosotros mismos en cuanto a lo que sois. Quisiera que no sólo se vieran como los ven los demás, sino que quisiera que se vieran como Dios los ve; ¡porque ese, después de todo, es su verdadero estado! Sus ojos no deben confundirse. Él es el Dios de la verdad y es justo y recto. ¡Qué terrible cosa será, si alguno de nosotros, que somos miembros de la iglesia de Cristo, finalmente somos arrojados al infierno! Cuanto más alto ascendamos, mayor será nuestra caída, como Icaro en la vieja parábola que volaba con alas de cera, hasta que el sol las derritió y cayó. Y algunos de ustedes están volando así, ¡están volando con alas de cera! ¿Qué pasaría si el terrible calor del día del juicio los derritiera? A veces trato de imaginar lo terrible que sería lo contrario si al final fuera rechazado. Que lo que yo diga por mí mismo nos convenga a todos. No, y debe ser, si vivo en este mundo y pienso que soy cristiano y no lo soy, ¿debe ser que debo pasar de las canciones

del santuario a las maldiciones de la sinagoga de Satanás? ¿Debo pasar de la copa de la Eucaristía a la copa de los demonios? ¿Debo pasar de la mesa del Señor a la fiesta de los demonios? Estos labios que ahora proclaman la palabra de Jesús, ¿pronunciarán algún día los lamentos del infierno? ¿Esta lengua que ha cantado las alabanzas del Redentor será movida con blasfemias? ¿Será que este cuerpo que ha sido receptáculo de tantas mercedes se convertirá en la casa y el hogar de todas las miserias que la venganza puede inventar? Estos ojos que ahora miran al pueblo de Dios, ¿contemplan un día las espantosas imágenes de los espíritus destruidos en ese fuego que todo lo consume? ¿Y será que los oídos que han escuchado los aleluyas de esta mañana, algún día escucharán los chillidos, gemidos y aullidos de los espíritus perdidos y condenados? ¡Debe ser así si no somos de Cristo! ¡Oh, qué espantoso será! Me parece ver a algún grave profesante condenado al fin al infierno. Hay multitudes de pecadores que yacen en sus grilletes y se revuelven en sus lechos de llamas, levantándose sobre sus codos por un momento; parecen olvidar sus torturas cuando ven entrar al profesante y gritan: "¿Te has vuelto como uno de nosotros? ¿Está condenado el predicador mismo? ¿Qué? ¿Ha venido el diácono de la iglesia a sentarse con borrachos y maldicientes? ¡Ah!, gritan, ¡ajá, ajá! ¿Estás atado en el mismo paquete que nosotros, después de todo?" Seguramente la burla del infierno debe ser en sí misma una tortura más terrible: ¡pecadores profesantes burlados por aquellos que nunca profesaron religión!

Pero el fuego mortal nunca puede describir las miserias de una esperanza frustrada, cuando esa esperanza se pierde, implica la pérdida de la misericordia, la pérdida de Cristo, la pérdida de la vida, e implica, además, la terrible destrucción y ¡la terrible venganza de Dios Todopoderoso! Vámonos todos y cada uno a casa este día, cuando el cielo de Dios todavía está pesado, e inclinémonos ante Su altar y clamemos por misericordia. Todo hombre aparte: marido aparte de mujer; aparte, busquemos nuestros aposentos, orando una y otra vez: "Señor, renuévame, Señor, dame, Señor, acéptame". Y mientras, quizás, la tempestad que ahora descende sobre el cielo y antes de que otra tempestad, aún más terrible, caiga sobre nosotros con sus espantosos terrores, que halléis la paz. ¡Que no nos encontremos, entonces, perdidos, perdidos para siempre, donde la esperanza nunca puede llegar! Será mi deber buscarme a mí mismo. Espero poder ponerme en la balanza. ¡Prométanme, mis oyentes, que cada uno de ustedes hará lo mismo!

Un día de esta semana alguien me dijo que habiendo predicado últimamente durante varios días de reposo sobre las consoladoras doctrinas de la Palabra de Dios, tenía miedo de que algunos de ustedes comenzaran a consolarse con la idea de que eran los elegidos de Dios, cuando, tal vez, no eran. Bueno, al menos, tal cosa no sucederá si he hecho lo que esperaba hacer esta mañana. Dios los bendiga, por el amor de Jesús.